

El siglo Ibérico en Japón. El marco de las relaciones hispano japonesas (1543-1639)

Emilio Sola Castaño.
Universidad de Alcalá de Henares

emiliosola@archivodelafrontera.com

Colección: Bibliografía: Notas de lectura
Fecha de Publicación: 09/07/2013
Número de páginas: 20
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

El siglo Ibérico en Japón. El marco de las relaciones hispano japonesas (1543-1639)

Emilio Sola Castaño.
Universidad de Alcalá de Henares

INTRODUCCIÓN PERSONAL

Mi agradecimiento inicial a María Pilar Cabañas por la amable invitación a participar en este curso de verano en El Escorial, así como a María José Comas, directora de los cursos de verano de la Complutense; Universidad en la que en su día, uno de mayo de 1972, hace ahora más de cuarenta años, presenté mi tesis doctoral precisamente sobre “Las relaciones entre España y Japón (1580-1614)”, que sólo llegué a publicar casi treinta años después, con el título de *Historia de un desencuentro. España y Japón, 1580-1614*.

Es, para mí, de alguna manera, el reencuentro con mi juventud veinteañera y animosa, pues nunca después volví a investigar sobre este asunto histórico, a pesar de estar en la base de mis reflexiones posteriores sobre la historia y la realidad global actual que nos está tocando vivir. Sin aquellos “Avisos de Japón” que tanto me fascinaron durante mi investigación doctoral juvenil, deseosa de conocer el ancho mundo todo que sabía que estaba más allá de nuestro estrecho mundo universitario tardofranquista y opusiano de principios de los años setenta y transicionales del siglo XX, en mi caso, sin aquellos avisos de Japón, decía, no habría sabido comprender los “Avisos de Berbería” y los “Avisos de Levante” a los que luego dediqué mi investigación prioritaria y casi obsesiva; y no habría sabido comprender tampoco que las nuevas fronteras coloniales que surgían en la Modernidad eran, antes que nada, generadoras de la información que iba a convertir a Europa, hacia donde se canalizaba esa información, en la gestora de ese mundo global que hoy disfrutamos y sufrimos.

Nuevas fronteras coloniales de la portátil Europa

Tanto en las fronteras de Extremo Oriente, en contacto con culturas tan potentes como la china de los Ming o la japonesa de los Tokugawa, como en las fronteras mucho más próximas del Magreb y el Mediterráneo, con una cultura y modelo imperial otomano de los turcos igual de potente que la china y japonesa, e igualmente no cristiana, los ibéricos, españoles y portugueses, se encontraron con una barrera fuerte o límite a su expansión y control de nuevos territorios. Barreras o nuevas fronteras para la expansión colonial más impenetrables de lo que resultaron las americanas, en donde las culturas nativas sucumbieron militar y políticamente a los nuevos llegados europeos.

Tanto en el lejano Extremo Oriente asiático como en el más próximo oriente Mediterráneo, se puede hablar de un techo expansivo de los ibéricos, a partir de 1580 bajo un único monarca, el rey de España Felipe II. Puede hablarse de un agotamiento del modelo imperial colonial ibérico, frente al desarrollo de otro modelo más meramente mercantilista y más moderno por ello, que tendría con los holandeses primero, y con los ingleses después, su más amplio desarrollo.

El modelo colonial ibérico moderno fundaba en concesiones pontificias una de sus legitimaciones primeras, y por ello desarrolló una maquinaria administrativa imperial de alguna manera doble, con una estructura administrativa civil y otra eclesiástica que se superponían y complementaban, pero que la convertían en una administración imperial confesional, cristiana, heredada del enfrentamiento peninsular medieval con perfiles de cruzada anti-islámica.

El modelo hispano-habsburgo imperial confesional se enfrentó en el Mediterráneo a otro modelo imperial otomano también con perfiles confesionales claros, pero con más permisividad hacia otras creencias religiosas u otras leyes, que podían convivir con relativa facilidad en los territorios bajo su imperio, así como mantener su culto con un régimen impositivo especial, como había sucedido también en la España medieval.

En Próximo Oriente, durante la modernidad y hasta hoy, pervivieron, bajo el imperio otomano, iglesias cristianas – bien heréticas o bien cismáticas – que no pudieron pervivir en el mundo imperial católico de los Habsburgos españoles, y durante un tiempo vieron en el sultán otomano un protector musulmán frente a perseguidores cristianos más intolerante con ellos y bajo cuyo poder no hubieran logrado perpetuarse como iglesias particulares. Monofisitas, Caldeos, Drusos o Nestorianos, hoy reliquias culturales que sobrevivieron al mundo colonial europeo moderno precisamente por su estatuto particular en el modelo imperial otomano.

Pero en América o en Asia las circunstancias fueron diferentes.

En América las culturas y organizaciones políticas indígenas fueron sucumbiendo a lo largo del siglo XVI ante la conquista española tanto en el área cultural centroamericana como en el sur incaico, y la organización imperial con los Virreinos y gobernaciones clásicas, y sobre todo las Audiencias territoriales, con su paralela organización eclesiástica católica, con los obispados y las provincias de las diferentes órdenes religiosas, sustituyeron por completo a las viejas estructuras políticas prehispánicas y fueron decisivas en el siglo XIX en el momento de la independencia de las colonias americanas y su estructuración en diferentes estados nacionales criollos.

Las islas Filipinas, en la segunda mitad del siglo XVI, se estructuran como una gobernación y Audiencia dependiente del virreinato de Nueva España o México, y a través de ese territorio tuvo lugar el contacto de los hispanos con el Extremo Oriente asiático, tanto con la China de los Ming como con los kmer y los tais

(con Luis Pérez Dasmariñas) y, sobre todo, con el Japón.

Las primeras historias de China aparecen en la literatura hispana del siglo de oro precisamente en esa segunda mitad del XVI, escritas por autores eclesiásticos que nunca habían estado en Asia, como Bernardino de Escalante (1577) o el agustino Juan González de Mendoza (1585-1586); esta última obra fue el fruto de las primeras relaciones de misioneros españoles que viajaron a China desde las Filipinas, los agustinos Martín de Rada y Gerónimo Marín (1575), el franciscano Pedro de Alfaro (1579), el también franciscano Martín Ignacio de Loyola (1581-1584), o el dominico Gaspar de la Cruz. Las obras de Escalante y de Mendoza tuvieron inmediata recepción en Europa, y pronto se tradujeron a diversas lenguas europeas, al inglés (la de Escalante en 1579, sólo dos años después de su aparición en Sevilla), al holandés, el italiano o el alemán, así como al latín, la principal lengua vehicular europea aún en la difusión de textos de interés.

La obra de Escalante fue recogida por Abraham Ortelius en 1588 en la edición de Amberes de su *Theatrum Orbis Terrarum*.

Hasta el siglo XVII, la obra de Mendoza tuvo casi cuarenta ediciones en todas las lenguas principales de Europa, así como en latín, y se reeditaría varias veces también en el siglo XVII.

Concurrencia hispano-portuguesa

Pero el primer interés de los españoles, desde su llegada a aquellas latitudes que ya conocían perfectamente bien los portugueses desde medio siglo atrás, había estado en el control de los mercados de origen de algunas especias, ya desde la primera expedición de Magallanes y Elcano, en concurrencia con los portugueses, y cuyo relato magnífico de Antonio Pigafetta también se conoció en Europa pronto con la edición veneciana de 1536 que luego incluyó Gian Battista Ramusio en su colección de viajes de 1550: la *Navegación y descubrimiento de la India superior*, que en los libros II y III presentaba culturas idólatras primitivas del Maluco y las Filipinas, en las que se iban estructurando también sultanatos musulmanes; sólo en el libro IV se hacía alusión, aún imprecisa o vaga, a las grandes culturas extremo-orientales, sobre todo China y Japón, sólo entrevistas a través de referencias en la última etapa del viaje de la nao *Victoria* de regreso a España.

“Este gran Reino de China, de quien en esta historia hemos de tratar, se ha descubierto por clara y verdadera noticia, de diez años a esta parte, por los españoles habitantes en las Islas Filipinas, que son 300 leguas distantes de él, no obstante que mucho antes se había tenido, por la vía de la India de Portugal, por relación de los portugueses que trataban en Cantón, ciudad del mismo Reino de la China, y moradores de Macao...”

Así comienza la historia de González de Mendoza desde su perspectiva de los años setenta del siglo XVI. En realidad, los portugueses llevaban ya medio siglo de contactos y conocimiento del mundo extremo-oriental chino y japonés; uno de los mejores relatos de aquellos contactos lo escribió en ese tiempo el portugués Fernao Mendes Pinto, evocación con pretensión de relación verdadera de sus viajes entre 1537 y 1558,

que incluye su estancia en Japón en 1542 y 1546, aunque el relato no viera la luz hasta 1614. Para entonces, los relatos de los jesuitas, llegados a Japón con los portugueses a finales de los años cuarenta, se habían convertido en la fuente de información principal sobre Japón y los japoneses. Llegaron en un momento delicado de la historia japonesa, al final del periodo Muromachi (1338-1573), conocido también como Sengoku o época “de los territorios en guerra”, y progresivamente fueron siendo bien acogidos por los daimios del sur y por la figura política emergente del momento, Oda Nobunaga, sobre todo por su íntima relación con los tratos comerciales con los portugueses desde Macao, que comenzaron a estabilizarse con los años setenta. A partir de la llegada de Francisco Javier en el verano de 1549 a Kagoshima y su entrevista con el daimio de Satsuma y Osumi que le dio permiso de residir y predicar en la zona, se iniciaba, con más de veinte años de adelanto a los españoles, la experiencia colonial europea en Japón. Una experiencia que no iba a desembocar en un modelo colonial similar al americano precisamente por hallarse en Asia continental y en Japón con organizaciones políticas, militares y comerciales más estructuradas que las precolombinas americanas.

En una síntesis reciente global, la de John Darwin¹, se establece una perspectiva interesante para captar mejor el resto del mundo con respecto a Europa en esos momentos:

“Lo que habían logrado (los europeos) en términos de organización política, militar y comercial lo igualaron o superaron los otomanos, los safávidas, los mogoles, los Ming o los Tokugawa. La construcción del Estado y la innovación cultural fueron rasgos llamativos de la historia euroasiática, y no solo europea, de la primera Edad Moderna”².

El empuje descubridor y conquistador ibérico, en ese marco, sólo suponía el inicio de la modernidad colonial.

A partir de 1580, Felipe II unió bajo su corona a españoles y portugueses, lo que fue visto con alarma en el resto de Europa. Pero en Extremo Oriente, españoles y portugueses siguieron manteniendo las suspicacias mutuas de carácter nacionalista de antes de la unión de las dos coronas. Cada uno, cada nación, españoles y portugueses, mantenían sus respectivos consejos autónomos, el Consejo de Portugal del que dependían las Indias portuguesas, y el Consejo de Indias para los asuntos americanos y de Filipinas. Y sobre ellos, de alguna manera, el Consejo de Estado que tendía a adoptar un punto de vista más castellano que portugués en la resolución de los asuntos coloniales más conflictivos.

La demarcación de las áreas de influencia entre las coronas española y portuguesa, antes de la unión dinástica de 1580, había quedado relativamente clara en el Atlántico, por el tratado de Tordesillas, pero no estaba nada clara para el Pacífico;

¹ *El sueño del imperio. Auge y caída de las potencias globales, 1400-2000*. Traduc. de Antón Corriente Basús y Federico Corriente Basús, Madrid, 2012, Tecnos.

² *Ib.* p.127.

una de las motivaciones principales del viaje de Magallanes de 1519 había sido establecer una cabeza de puente española en las islas Molucas, y en el relato de esa expedición de Antonio Pigafetta se ve a las claras ese interés, relacionado con el comercio del clavo. Pero los portugueses habían de ser hostiles a la presencia española allí, una concurrencia no deseada y que podría abrir una posible nueva ruta americana del comercio de las especias. Una interferencia nacionalista, típica de una monarquía compuesta de diferentes naciones como lo era la de los Austrias españoles, con tendencias a castellanizar el gobierno imperial de la que luego se llamaría monarquía católica, una de las causas de tensión con las otras naciones, sicilianos o napolitanos, flamencos u holandeses o portugueses, que mantenían sus propias instituciones de gobierno, consejos y tribunales judiciales.

Cuando los españoles se establecieron en las Filipinas, se replanteó de nuevo la cuestión de la línea de demarcación de influencia con los portugueses, y los castellanos de Filipinas, con fuerte presencia de vascos como Legazpi o Urdaneta, destacaron la latitud más occidental de la colonia con respecto al Japón, con lo que pretendieron que este archipiélago debía integrarse en el mundo colonial filipino y mexicano unidos por el galeón anual de Manila o galeón de Acapulco; era una continuación del conflicto que se había establecido en torno a las Molucas, que aún no estaba resuelto.

No es extraño, pues, que los dos grandes relatos españoles del momento sobre aquellas latitudes estuvieran relacionados con el conflicto de las Molucas; me refiero a dos trabajos de envergadura, uno escrito y publicado en Madrid y el otro escrito y publicado en Filipinas y México, ambos de 1609; el primero es la *Conquista de las islas Malucas*, de Bartolomé Leonardo de Argensola, escrito por un cortesano eclesiástico que no había estado en el terreno pero que manejó toda la documentación llegada desde allí. El segundo, *Sucesos de las islas Filipinas*, de Antonio de Morga, escrito por un autor que había participado activamente en el gobierno de las Filipinas, y que ya incluye ampliamente la problemática japonesa en la región, que conocía muy bien. La obra de Argensola se tradujo al francés, al inglés y al alemán en el siglo XVIII, mientras que la de Morga no se difundió hasta el siglo XIX, tras su traducción al inglés y su interés para los norteamericanos en paralelo a la ocupación de las Filipinas, que la convirtió en más difundida y estudiada que la obra de Argensola en la actualidad.

Pero ambas eran de gran interés en el momento por la activa presencia de los holandeses en Extremo Oriente, también súbditos, aunque rebeldes, del mismo rey Habsburgo de España y en concurrencia con españoles y portugueses, en el momento en el que se iba a firmar con ellos una amplia tregua que significaba para los holandeses amplia autonomía en el Índico y en el Pacífico: la tregua de los 12 años de 1609.

Ya en 1580, recién incorporada Portugal a la corona de Felipe II, por mandato de los consejeros de Madrid se discutía sobre estas demarcaciones de influencia entre las dos naciones enfrentadas, españoles y portugueses, que dependían de los virreinos de México y de Goa, aunque fueran súbditos del mismo monarca. En la Biblioteca Nacional de Madrid hay una copia de una demarcación de las Indias, en la que aparece Japón con problemas de distancias, que luego serán comentadas

por Juan Bautista Gessio³. Con las Molucas, también el Japón pasaba a convertirse en frontera de demarcaciones de influencia entre españoles y portugueses en el Pacífico.

Los jesuitas y la cristiandad japonesa

La acción de los jesuitas en Japón, hasta la muerte de Nobunaga en 1582 y el ascenso de Toyotomi Hideyoshi, fue muy brillante. Tras Francisco Javier, otros jesuitas como Gaspar Vilela, el fundador de la cristiandad de Kioto en 1559, Baltasar Gago, Cosme de Torres, fundador de la cristiandad de Yamaguchi e interlocutor de los bonzos budistas en debates religiosos notables, Luis de Almeida, Luis Frois, que se entrevistó tanto con Oda Nobunaga como con Toyotomi Hideyoshi, fueron asentando la actividad misionera sobre la relación con algunos daimios, la adaptación a la cultura japonesa de su actividad y la ampliación del comercio con los portugueses. En 1576, pudieron abrir una iglesia en Kioto, la Miyako o Miaco de las fuentes españolas, la capital.

Un emblema del éxito de esta primera fase evangelizadora de los jesuitas es la conversión al cristianismo en 1563 de Ömura Sumitada, daimio de Hizen y Arima, fundador del puerto de Nagasaki, activo a partir de 1570. El favor de Oda Nobunaga a partir de 1569 y las reformas del jesuita Francisco Cabral, en los años setenta, junto con la organización muy lucrativa del comercio de seda desde Macao, ofrecían un futuro brillante para las misiones de los jesuitas, en el momento en que Felipe II iba a unificar bajo su corona a españoles y portugueses.

Es el momento en el que llega a Japón, para una primera estancia allí (1579-1582), el jesuita italiano Alejandro Valignano, nacido en una ciudad fuera del dominio de Felipe II, no súbdito por ello del rey de España, que iba a llevar a cabo la estructuración de la cristiandad japonesa y sus seminarios y centros de formación, así como el envío de avisos, la difusión de la información sobre ella que despertaría gran interés en Europa, como todo lo relacionado con las nuevas fronteras coloniales. La intensa actividad literaria y narrativa de Luis Frois por estos años es significativa: su historia del Japón y su tratado sobre las costumbres japonesas son de 1585, y hasta su muerte en 1597 en Nagasaki no dejó de escribir sobre Japón, verdadera literatura de avisos destinada a Europa. En 1601, en Alcalá de Henares, ya aparece una historia de las misiones de Luis Guzmán, de la Compañía de Jesús, que incorpora toda esta exitosa actividad misionera. En ese tiempo, de alguna manera transicional, es cuando Alejandro Valignano plantea la necesidad de una embajada al papa de Roma para dar a conocer la cristiandad japonesa y demandar un obispado para Japón que le diera mayor autonomía y fortaleza, sin duda para contrarrestar con ese patrocinio el nuevo poder del rey de España Felipe II. Así lo evoqué en otro lugar (p.30, *Hª de un desencuentro*):

“Los progresos de la cristianización de Japón fueron espectaculares. Justo en el momento de la unión de las coronas portuguesa e hispana, los jesuitas prepararon una gran embajada a Europa que hiciera más conocida y hasta popular dicha gran labor misionera. Fue la embajada de los daimios

³ BNM, mss. Legajo 2825, fol. 71v. Copia de una demarcación y división de las Indias. RAH, Colección Muñoz, legajo 9-4803, ff. 8-31, con el parecer de Gessio de 1580.

de Arima, Omura y Bungo que en 1582 salió de Japón, vía Océano Indico, y en marzo de 1585 estaba en Roma. El impacto fue grande. La corte pontificia se volcó en su recibimiento y se hablaba de Japón como del reino que iba a sustituir en la Cristiandad a las naciones europeas desde hacía poco tiempo separadas de Roma. El papa Sixto V recomendó personalmente los embajadores al rey de España⁴, que desde 1580 lo era también de Portugal. Los padres jesuitas negociaron por entonces la creación de un obispado en Japón y se mostró el éxito misionero japonés como una empresa brillantemente llevada a cabo por la corona de Portugal.

“Esta embajada, de la que hay abundante documentación y sobre la que se publicaron numerosos escritos en la época, estaba organizada en un momento histórico oportuno. Un verdadero manifiesto para tiempo de confusión en cuanto a las demarcaciones de influencia en Oriente con la presencia relativamente reciente -poco más de un decenio- de los hispanos en Filipinas. El que podríamos llamar partido jesuítico-portugués había dado el primer paso importante para fijar su postura y defender sus intereses con esta embajada. Parecían contar con el apoyo pontificio representado en el breve de Gregorio XIII del 28 de febrero de 1583, dado cuando la expedición diplomática iba ya camino de Europa. Defendía la cristianización de Japón de las injerencias de otros predicadores y fue ratificado por Sixto V en los días en que la embajada estaba en Roma.

“Pronto este intento va a ser desbordado por los acontecimientos, sin embargo, y por la formación de un partido castellano-mendicante con intereses económicos, políticos y religioso/misioneros opuestos a los del partido jesuítico-portugués.

Toyotomi Hideyoshi y Felipe II

Mientras la embajada jesuita viajaba, vía Goa y Lisboa, por Madrid, Venecia y Roma, tuvo lugar en Japón el ascenso de Hideyoshi y la unificación política del reino, que ponía fin al largo periodo de guerras civiles. En Filipinas, por entonces, durante el gobierno de Gonzalo Ronquillo de Peñalosa (1580-1583), llegaron las primeras órdenes religiosas a Manila así como su primer obispo, fray Domingo de Salazar, que comenzaron a interesarse por la evangelización de otros territorios asiáticos, como el Japón, a partir de sus conventos de Manila. De 1583, significativamente, son unas razones que daba Alejandro Valignano para que no pasaran a Japón otros padres que los jesuitas para el buen desarrollo de aquella cristiandad, una copia de las cuales está en la Biblioteca Nacional de Madrid⁵.

Los intereses comerciales de mercaderes españoles desde Filipinas iban a ser una alianza estratégica de los frailes agustinos y mendicantes que pretendían pasar a China y Japón, y el peculiar sistema imperial hispano-habsburgo iba a facilitar esa nueva faceta de la concurrencia de intereses españoles y portugueses en Asia.

⁴ El Breve de Sixto V de 26 de mayo de 1585 recomendando a los embajadores a Felipe II, ASV, Estado, legajo 946, fol. 2.

⁵ BNM, ms. 3015, ff.206-207

Durante la gobernación de Santiago de Vera (1584-1589) y de Gómez Pérez Dasmariñas (1589-1593) en las islas Filipinas, tuvieron lugar los primeros contactos comerciales y diplomáticos de los gobernadores españoles con Hideyoshi, y el paso de frailes a Japón desde Filipinas.

A raíz de un viaje del agustino Francisco Manrique y el franciscano Juan Pobre, vía Macao, al sur de Japón, que desembocó en una embajada a Manila del daimio de Hirado en 1585 solicitando comercio con sus tierras, así como frailes agustinos y franciscanos, y de una expedición de cristianos japoneses de Nagasaki, el gobernador Vera pareció interesarse por aquella posibilidad de tratos con Japón. “Son los primeros japoneses que de paz han venido”, comentaba el gobernador⁶, en alusión a la única experiencia anterior de contacto con los japoneses en el archipiélago filipino, que había sido el corso. Sin embargo, la participación de japoneses en la conjura antiespañola del noble tagalo Agustín de Legazpi, venidos en estos viajes comerciales primeros inaugurales, y el acrecentamiento del corso japonés, mantuvieron la prudencia de las autoridades españolas, ante el cada vez mayor interés de los frailes por convertir a las Filipinas en punto de partida para labores misionales en Extremo Oriente. Eran los tiempos previos a la unificación completa del Japón por Hideyoshi, que culminaría en 1590, y su adopción de los títulos de Taico y Cuampaku, con que sería conocido en la documentación española.

Para entonces, ya había decretado la prohibición de las misiones cristianas, tras unos años de permisividad pactada con los jesuitas padre Organtino y Gaspar Coello; a raíz de la ruptura con el daimio cristiano Takayama Ukon, en el verano de 1587, Hideyoshi prohibía aquella nueva “ley de los demonios” que destruye “los templos de los Camis y los Fotoques”, de sintoístas y budistas⁷. La numerosa comunidad cristiana, calculada en doscientos mil fieles, entre ellos numerosos daimios, como el propio Ukon, unas doscientas iglesias y una veintena larga de casas y colegios, la consideraba un peligro para su acción política unificadora del Japón. Finalmente, había admitido la presencia de algunos padres en el sur, sin embargo, y la continuación del comercio con los portugueses.

El ascenso de Hideyoshi en Japón se conoció en España a partir del viaje informativo del padre Alonso Sánchez, que salió de Manila en 1586, e hizo que se reforzara la gobernación dando poderes militares especiales al nuevo gobernador Gómez Pérez Dasmariñas, que sustituía a Santiago de Vera. Los preparativos de Hideyoshi para la invasión de Corea fueron interpretados en Manila como un peligro inminente para ellos, y se sospechó que fueran espías algunos comerciantes llegados a principios de 1592, algunos de ellos cristianos, previos a la llegada de una embajada de Hideyoshi, organizada por el mercader Harada Kyuemon, el Faranda de la documentación española, con una carta en la que se traslucía una clara y directa petición de sumisión

⁶ AGI, Filipinas, legajo 6, ramo 3, n. 67. Carta del gobernador de Filipinas al rey de 20 de junio de 1585.

⁷ Osami Takisawa, La historia de los jesuitas en Japón, Universidad de Alcalá, 2010, p. 88.

de las islas españolas. Fue la ocasión para enviar una embajada de respuesta, para ganar tiempo con la disculpa de las dificultades de comprensión del contenido de las cartas, con el fraile dominico Juan Cobo y el capitán Lope de Llanos. La embajada fue presentada en Nagoya a Hideyoshi pero el dominico murió en el viaje de vuelta y no pudo llevar a Manila sus informes y la respuesta, que se reconstruyó posteriormente en numerosas informaciones testificales de gran interés.

Un perulero enfrentado en Japón con los portugueses por asuntos comerciales, Juan de Solís, pareció convertirse en el portavoz de lo que se iba perfilando como partido “castellano-mendicante” en la zona, frente al “jesuítico-portugués”, en los tratos con Japón. La respuesta llegó a Manila la primavera siguiente, en la segunda embajada de Hideyoshi, esta vez con Harada Kyuemon al frente, en abril de 1593.

Harada fue un buen diplomático, pues tranquilizó al gobernador resaltando la petición de paz y amistad y los aspectos comerciales, y tras una serie de juntas deliberativas, y con la oposición abierta del jesuita Antonio Sedeño, rector de Manila, se decidió enviar a fray Pedro Bautista y otros tres franciscanos, con el capitán Pedro González de Carvajal, con la respuesta de la embajada, en compañía de Harada Kyuemon.

Gómez Pérez Dasmariñas, solucionado el asunto de Japón que tanto había preocupado en Manila, emprendió una expedición al Maluco, y en octubre moría en ella a manos de los remeros sangleyes sublevados.

La embajada fue recibida por Hideyoshi en Nagoya, y la labor informativa de los asuntos de Japón por Pedro Bautista en sus cartas a Manila es excepcional. Una de sus recomendaciones para los tratos con Japón era la necesidad de enviar una embajada de calidad, con un caballero al frente y máxima suntuosidad y autoridad, ejemplar. “Dicen que nos venimos con las manos vacías y hemos sido notados de miserables”, se lamentaba el fraile embajador, a propósito de la pobreza del presente dado en la corte de Hideyoshi⁸.

Pedro González de Carvajal volvió a Manila en la primavera de 1594 con las cartas de respuesta de la embajada, y a continuación viajó a México y a Madrid, en donde informó de los asuntos de Filipinas, sus fortificaciones y recursos, y del Japón. En paralelo, los jesuitas enviaban un informador a España, el padre Gil de la Mata, y los franciscanos al suyo, fray Francisco de Montilla, cada uno para defender sus puntos de vista con respecto a las misiones de Japón. Pedro González de Carvajal podría ser considerado el primer mensajero directo entre Hideyoshi y Felipe II.

El hijo del gobernador muerto, Luis Pérez Dasmariñas, atendió esta rica correspondencia que recibía de Japón, con amplios planes expansivos para la región, y contestó de inmediato, en el verano de 1594, y tras una junta de guerra que debatió mucho el asunto; el encargado de llevar la embajada fue otro franciscano, Jerónimo de Jesús, con otros dos compañeros. Jerónimo de Jesús iba a convertirse, en estos años, y hasta su muerte en 1601, en el más lúcido informador de los asuntos de Japón

⁸ Las cartas de Pedro Bautista, en Archivo Iberoamericano (IV, 1915), pp. 398-402, publicadas por fray Lorenzo Pérez. Esta referencia, en carta de 7 de enero de 1594.

para los españoles. La embajada fue recibida por Hideyoshi en Fugime, una nueva ciudad en plena construcción cerca de la capital, Meaco/Kioto.

“Yo juraría, y creo sin pecado, que cuando el rey (Hideyoshi) vio la carta, que se holgó más con el oro en que venía envuelta que no con la carta... Porque realmente estos bárbaros, como no esperan otra vida, toda su felicidad ponen en que les envíen regalos y presentes⁹”

Hideyoshi volvió a interesarse por la venida de una gran embajada oficial de Felipe II, la que había sugerido como importante Pedro Bautista y que González de Carvajal también solicitaría en Madrid. El optimismo de los franciscanos era grande; a pesar de la prohibición parecían permitirles su predicación y a Filipinas llegaron informes amplios sobre la situación japonesa en la que destacan ya la importancia de Tokugawa Ieyasu para el futuro del país. En particular, un informe del futuro mártir fray Martín de la Ascensión, o fray Martín de Aguirre, digno de un experto de la información o la Inteligencia, estuvo en la base de ambiciosos planes expansivos de Luis Pérez Dasmariñas, que sugería a la corte española la necesidad de conquista de la isla Hermosa como un primer paso para acciones posteriores más amplias, en las que se llegaba a formular la posibilidad de conquista del Japón o al menos de su alianza para una posible acción expansiva posterior en China¹⁰. De alguna manera, estaba cuajando lo que pudiéramos considerar un gran proyecto hispano-japonés para Extremo Oriente, que en la corte española parecía tener buena acogida, pues el 15 de octubre de 1595 Felipe II encargaba al embajador en Roma no sólo solicitar la revocación del breve de Gregorio XIII (de 28 de febrero de 1583) que concedía a los jesuitas el paso exclusivo a Japón, sino animar a otros religiosos a que pasaran a predicar allí¹¹.

En el otoño de 1596 un galeón de Manila que viajaba a Acapulco, al mando de Matías de Landecho, el galeón *San Felipe*, hubo de refugiarse por tormentas en un puerto de Tosa, con una rica carga que luego calcularon en más de un millón de pesos.

Una negociación deficiente, a pesar del envío de dos embajadas a Hideyoshi, terminó con la confiscación del galeón y la mercancía por parte de Hideyoshi. El escribano del galeón, Andrés de Saucola, dejó una estupenda relación de aquellos sucesos, que terminaron de manera trágica con la muerte de los llamados desde entonces “mártires de Nagasaki”, en febrero de 1597, y la vuelta a Manila de los supervivientes. La acusación de Hideyoshi, en síntesis del escribano Saucola,

⁹ A.G.I. Filipinas, legajo 29, ramo 4, número 92. Carta de fray Jerónimo de Jesús a Francisco de las Misas ya citada, una de las más sabrosas de estilo de este espía peculiar.

¹⁰ A.G.I. Filipinas, legajo 18, ramo 6, número 210. Carta de Luis Pérez Dasmariñas al rey de 8 de julio de 1596. Ibid., número 248. Relación de las cosas del Japón para don Luis Pérez Dasmariñas. A.G.I. Filipinas, legajo 19, ramo 2, número 41. Apuntamientos importantes al servicio de Dios nuestro señor y vuestra majestad, hechos por el santo mártir fray Martín de la Ascensión. Ambas en mal estado de conservación.

¹¹ Ver documentos siguientes: A.G.I. México, legajo 115, ramo 1, número 8. Memorial en italiano presentado a Su Santidad de 6 de febrero de 1596. A.G.I. Indiferente General, legajo 2869, tomo V, folio 6 vto. Provisión real de 5 de febrero de 1596. A.G.I. Filipinas, legajo 1, ramo 1, número 14. Consulta del Consejo de Indias de 30 de mayo de 1596. A.G.I. Indiferente General, legajo 748. Copia de carta que se escribió al embajador en Roma sobre cosas del Japón de 13 de junio de 1597.

era contundente: “Que eran ladrones corsarios que venían a comarcar la tierra para después tomarla, como lo habían hecho en Perú, Nueva España y Filipinas, enviando primero a los frailes franciscanos para que predicasen la ley de Namban”¹².

La ruptura con Japón parecía necesaria, y Matías de Landecho, de regreso a Manila, se mostró partidario de una repuesta drástica, conquistar la isla Hermosa y atacar las costas japonesas en represalia por la confiscación del *San Felipe*. El nuevo gobernador de Filipinas, Francisco Tello de Guzmán, había llegado ya a Manila, y allí estaba también Antonio de Morga, con la Audiencia restaurada, y al final se decidió enviar una nueva embajada a Hideyoshi para ganar tiempo, al frente de la cual pusieron, de acuerdo a las recomendaciones anteriores, a un veterano de Flandes, Martín de Navarrete Fajardo, conocedor de los usos diplomáticos de Felipe II, y con un rico presente en el que figuraba un elefante, que causó una deseada expectación, así como algunos retratos pintados. Pidió la restitución de la hacienda confiscada, así como la entrega de los cuerpos de los mártires; Hideyoshi no accedió a lo primero, pero sí a lo segundo, se mantuvo en la prohibición del envío de frailes, pero accedió al mantenimiento del comercio, invitó a los embajadores y les dio un presente de armas y lanzas para el gobernador español de Filipinas. Navarrete murió en Nagasaki a la vuelta y el portador de la embajada y regalos, Diego de Sosa, naufragó en el viaje de vuelta. Los preparativos navales japoneses para una nueva expedición a Corea, se interpretaron como un peligro inminente también en Filipinas, y se reforzaron las defensas de la zona. Una vez más, la mala fortuna en la mar retardaba estos contactos hispano-japoneses en el momento de sus dos gobernantes más determinantes para la organización de sus dos estados modernos.

Austrias y Tokugawas frente a frente

Con pocos días de diferencia morían Hideyoshi y Felipe II, en septiembre de 1598, a la vez que por toda Europa se difundían las historias de los mártires de Nagasaki, de la que ya en 1600 apareció una narración impresa de un franciscano¹³.

La instauración de los Tokugawa fue seguida con gran detenimiento por los frailes de Filipinas, particularmente por Jerónimo de Jesús, escondido durante los trágicos sucesos de Nagasaki, que se puso de inmediato en contacto con Ieyasu y envió al nuevo gobernador Tello de Guzmán una propuesta de acuerdos que ya sorprenden por su modernidad. Así los resumí en otro lugar:

- “A. El envío de naves comerciales al puerto principal del Kantó -Edo, la actual Tokio-; serían bien recibidas y era antiguo deseo expresado por Ieyasu.
- B. El envío de maestros de navíos y pilotos que mostrasen a los japoneses los secretos de la navegación y de la construcción de grandes barcos.

¹² El relato está en la *Relación del viaje del galeón San Felipe de su majestad, arribada que hizo al Japón y su pérdida, y lo que más ha sucedido. Año de 1596*, en A.G.I. Filipinas, legajo 79, ramo 3, número 40.

¹³ Santa María, Juan de (O.F.M.), *Relación del martirio que seis padres descalzos, tres hermanos de la Compañía y 17 japoneses cristianos padecieron en Japón*, Madrid, 1601.

C. El envío de mineros y maestros que les enseñasen a beneficiar la plata, pues se habían descubierto importantes minas argentíferas.”

El gobernador Tello respondió de inmediato a esta propuesta, la que pudiera considerarse primera embajada entre los Tokugawa y los Habsburgos españoles, protestando por la abundancia de corsarios japoneses en las Filipinas y proponiendo reducir el número de navíos de comercio anuales a las necesidades de abastecimiento de las Filipinas. La reacción de Ieyasu fue inmediata y mandó crucificar a más de sesenta personas, entre corsarios y sus familiares, cuarenta en Meaco/Kioto y el resto en Nagasaki, medida que pareció muy cruel en Manila, y juzgaron “a usanza de Japón”¹⁴, pero que sin duda se juzgó favorable y de signo muy diferente a los martirios de Nagasaki del año anterior de 1597, de hondo simbolismo pues.

Ordenó también Ieyasu que no fueran más de dos navíos a Filipinas, así como la necesidad de licencia suya para hacer ese viaje, las “chapas” de la documentación española. El protagonista japonés de estos contactos diplomáticos es llamado Goyemon en la documentación española, para los japoneses el embajador Shikiro¹⁵. Pero también fray Jerónimo de Jesús se implicó a fondo en estos planes, y viajó a Manila en donde estaba a finales de 1599, antes de la batalla de Sekigahara. En el otoño de 1600 fue despachado a Japón por el gobernador Tello, con cuatrocientos pesos para el regalo de la embajada, pero hubo de regresar por mal tiempo y no pudo salir hasta la primavera de 1601. Ese viaje tiene una estupenda relación escrita por uno de sus compañeros, fray Pedro Burguillos, una pequeña obra maestra de la que a mí me gusta considerar literatura de avisos o literatura de la información, de alguna manera literatura de la frontera¹⁶.

Jerónimo de Jesús murió en el otoño de 1601, pero a finales de 1602 salió para Manila una nueva embajada de Ieyasu que había de ser recibida por el nuevo gobernador, Pedro de Acuña. En ella se seguía profundizando en el perfil de las relaciones: se hablaba de lo provechosa que sería una ruta comercial entre Japón y la Nueva España y se ofrecía un puerto en el Kantó para comercio y escala del galeón de Manila. La respuesta de Manila fue inmediata también, aceptando tratar esas propuestas en España y asignando un navío para el Kantó, el *Santiago el Menor*, que haría un viaje anual, aunque en los primeros intentos sólo conseguiría llegar a puertos del sur de Japón. El naufragio del galeón *Espíritu Santo*, al mando de Lope de Ulloa, aunque generó incidentes violentos, sirvió para que Ieyasu diera nuevas normativas de protección de naves extranjeras naufragadas en su costa, y enviaba a Filipinas ocho licencias por las que pudiesen, “exentos de temor, refugiarse en los puertos e islas o saltar a tierra, etc.”

¹⁴ A.G.I. Filipinas, legajo 74, ramo 3, número 68. Relación del año 1600. En *Ibid.*, legajo 27, ramo 2, número 53 hay otra copia en mejor estado y escrita con mayor claridad. En esta relación se llama Goyemon al embajador japonés, nombre que conservo en el texto.

¹⁵ “Primitivas relaciones oficiales entre Japón y España, tocantes a México” (Tokio, 1905), publicado íntegro por Retana en la edición de *Sucesos de las islas Filipinas* de A. de Morga ya cit. pp. 405-406.

¹⁶ B.P.O. Manuscritos II, legajo 767, folios 1-14. Relación hecha por fray Pedro de Burguillos... de las cosas sucedidas en Japón desde el año pasado de (1)601 hasta el de (1)602.

Año a año los viajes y cartas entre Manila y los Tokugawa se mantuvieron durante los gobiernos de Tello de Guzmán y Pedro Bravo de Acuña, y la colonia japonesa en Manila era agitada y numerosa, como la china. Un levantamiento de los chinos en 1603 se relacionó con el maltrato a que los sometían filipinos y japoneses, y los japoneses ayudaron a las autoridades a sofocar el levantamiento;

poco tiempo después, se temía también un levantamiento de japoneses en Manila, como sucedió en el momento en que llegaba a Manila el gobernador interino, a la muerte de Acuña, Rodrigo de Vivero y Velasco, que había de iniciar el periodo más brillante de las relaciones entre los españoles y los japoneses. Antonio de Morga, que vivió personalmente ese momento difícil de gobierno de las Filipinas, lo consideraría como el momento más peligroso para la supervivencia de la colonia española. La resolución de ese problema fue uno de los primeros actos de gobierno de Vivero en Manila:

con las naves de comercio que salían para Japón, escribió a Ieyasu con lo que había sucedido y envió a dos centenares de japoneses presos repatriados para que los castigara, a la vez que le rogaba que no dejara pasar a Manila sino a gente para la contratación.

Parecía que la relaciones hispano-japonesas en el inicio de la era Tokugawa entraban en unos cauces más mercantilistas y políticos, más modernos, a pesar de que siempre se mantuvo la cortesía de pedir protección para los frailes cristianos en las cartas enviadas desde Manila.

La interferencia holandesa

Para entonces, sin embargo, súbditos rebeldes del rey Habsburgo español, los holandeses, habían llegado a Extremo Oriente y, poco a poco, iban a lograr asentarse allí.

En la primavera de 1600, un navío holandés de una flota a las Molucas capitaneada por Santiago de Mahn llegó a Japón, con el piloto inglés William Adams entre los tripulantes, y enseguida fueron muy apreciados como asesores por Ieyasu; a finales de ese año los holandeses de Olivert van Noort intentaron bloquear el puerto de Manila, y tras una batalla naval de seis horas, en la que a punto estuvo de morir Antonio de Morga, debieron huir dejando atrás algunos prisioneros, entre ellos también un capitán inglés, que fueron ejecutados por los españoles.

En los años siguientes siguieron menudeando cada vez más los barcos holandeses, y esta presencia en las colonias fue clave, con el debate sobre la libertad de navegación de los mares, en las negociaciones secretas que precedieron a la Tregua de los 12 Años de Amberes de 1609, en la que se especificó que entraba en vigor para el mundo colonial un año más tarde que en Europa. A partir de 1605, desde Filipinas, se daba la voz de alarma; un memorial de Martín Castaño advertía a la corte española de ese peligro holandés y lamentaba la poca atención dada a los asuntos asiáticos, que eran “lo más importante de la Corona de vuestra majestad”; al mismo tiempo, se enviaban a la corte copias de las cartas que llevaban los holandeses,

en nombre de Mauricio de Nassau, pidiendo y ofreciendo ayuda contra los españoles¹⁷.

La petición de la entrega a los españoles de los holandeses presentes en Japón, precisando que eran súbditos rebeldes del rey de España y corsarios, se introdujo en los textos de las embajadas a Japón de estos años, a partir del verano de 1602, con la respuesta que trajo a Manila fray Pedro Burguillos, y culminó con la estancia de Rodrigo de Vivero en Japón tras el naufragio del galeón *San Francisco*, en el que volvía a México, en el verano de 1609.

Esta estancia de Rodrigo de Vivero en Japón, con el capitán del *San Francisco*, Juan Cevicos, tuvo lugar en un momento excepcional para la región; Vivero era, además, una suerte de político profesional, un noble con experiencia de gobierno, y un teórico importante, lo que entonces se consideraba un arbitrista. Sus escritos son abundantes y de gran importancia, y en ellos se concibe y se traza un ambicioso plan para los españoles en Extremo Oriente, de una gran modernidad, que significaban la culminación de lo que llamáramos partico castellano-mendicante pues incluía una apertura directa de contactos comerciales entre Japón y la Nueva España; sus diez meses de estancia en Japón fueron decisivos para sus reflexiones y propuestas; de haberse llevado a cabo, tal vez hubiera cambiado en profundidad algo en la historia global.

Un mes antes de la llegada a Japón de Vivero, el primero de agosto de 1609 llegaron naves holandesas a Hirado y fueron bien recibidos como todos los barcos extranjeros a los que estaban habituados en el sur japonés. La ofensiva holandesa, en el momento de la firma de las treguas con los españoles en Europa, era patente: en octubre el almirante Witter sufriría un descalabro naval en Manila, a la altura de Marivélez, en donde encontró la muerte, tras un largo bloqueo al que había sometido a la ciudad. La buena acogida que les dieron las autoridades japonesas a los holandeses alarmó a los hispanos y a los portugueses, estos últimos en pleno conflicto a causa de galeón de Macao, el *Madre de Dios*, que el capitán Andrés Pessoa terminó incendiando en el puerto de Nagasaki en enero de 1610. Desde el primer momento, el capitán Juan Bautista Molina, capitán de la nave anual que llevaba la embajada de Manila a Japón, y los frailes castellanos rogaron a Ieyasu y al shogún que no permitiesen en sus costas a aquellos súbditos rebeldes de Felipe III, e invocaban para ello la amistad hispano-japonesa. Entre las razones que movieron a Rodrigo de Vivero a quedarse en Japón y no embarcarse en el galeón *Santa Ana*, que también había tenido que refugiarse allí, para proseguir viaje a Nueva España, estaba su posibilidad de visitar a Ieyasu y negociar con él, pues estos sucesos los captó el ex-gobernador de Filipinas como decisivos para Extremo Oriente.

¹⁷ A.G.I. Filipinas, legajo 34, ramo 6, número 140. Memorial impreso de Martín Castaño pidiendo que se atienda aquellas islas del daño holandés. A.G.I. Filipinas, legajo 1064. Copia en portugués de cartas que el príncipe de Orange y conde de Nassau escribió al emperador de la China y a otros reyes o emperadores de Asia, de 1605 y siguientes.

A partir de ese momento, su actividad fue frenética.

Fue recibido por el shogun Hidetada en Edo y por el propio Ieyasu en Suruga y a finales de año tenía preparadas unas capitulaciones que hizo llegar a Ieyasu. La quema del galeón de Macao le puso de nuevo en comunicación con Ieyasu, quien se disculpó del suceso y culpó a los portugueses, a la vez que le ofreció la posibilidad de embarcarse en una nave que acababan de construir bajo la dirección de William Adams, que inauguraría la travesía entre Japón y la Nueva España, a la que llamaron *San Buenaventura*.

Vivero terminó aceptando la oferta y volvió incluso a la corte de Suruga, en donde siguió negociando con los Tokugawa, con la ayuda de dos franciscanos, Luis Sotelo y Alonso Muñoz, la que sería la primera embajada Tokugawa a México y a España, llevada allí por fray Alonso Muñoz, y cuyas hermosas cartas se conservan en el Archivo General de Indias de Sevilla; dirigidas al virrey de México y al duque de Lerma y con idéntico contenido, la traducción del texto hecha por Hidehito Higashitani son dos sobrias y elegantes frases:

El ex-gobernador de Luzón trató de que venga navío de Nueva España a Japón.

*Le declaro que dicho navío puede venir a cualquier puerto de Japón con toda libertad*¹⁸.

Se llegó a un acuerdo también sobre el *San Buenaventura* y los cuatro mil ducados que fueron necesarios para aviarla; la cesión fue en concepto de préstamo, con orden - escribía Vivero- que si a mí me pareciese venderla acá se vendiese y le enviase empleado su procedido. La idea de Vivero y de Ieyasu era, sin embargo, que la nave retornase con mercancías y se abriese ruta comercial permanente entre Japón y Nueva España.

Los veintitrés japoneses que se embarcaron en el *San Buenaventura*, capitaneados por Tanaka Shosuke y Shuya Ryusay, debían ilustrarse en los usos de la mar y comerciales de los hispanos.

Estos conciertos terminaron el 4 de julio de 1610 y el *San Buenaventura* salió de Edo el primero de agosto; tras una navegación sin incidentes llegó a Matalchel, en la boca de las Californias, el 27 de octubre. Vivero se quedó en México, recién nombrado conde del Valle y gobernador de Panamá;

Alonso Muñoz continuaría su viaje a Madrid, en donde estaba en el otoño de 1611.

En mayo de 1612, el Consejo de Indias definía su respuesta:

*Se admita la comunicación, trato y comercio de aquel reino -Japón— con el de la Nueva España, como se tiene por Manila*¹⁹.

Y a partir de ese momento comenzaron largos preparativos en España para enviar una embajada a los Tokugawa, con numerosos avatares, malentendidos, cambios de cartas y desilusionante final, al fin.

Un brillante capítulo de la historia de un desencuentro.

Le embajada de Sebastián Vizcaíno

En los años ochenta, tras la unificación de las coronas portuguesa y española con Felipe II,

¹⁸ A.G.I. Varios, 2 bis (procedente de Ibid., Filipinas, legajo 193). Originales de las cartas enviadas por Ieyasu y Hidetada al duque de Lerma.

¹⁹ A.G.I. Filipinas, legajo 4, ramo 1, número 21. Papel del Consejo de Indias con lo que se debe consultar sobre los asuntos de Japón, de 18 de mayo de 1612.

se vio la necesidad de facilitar la navegación del Pacífico, y ya en 1587 el marino Pedro de Unamuno llegó a México tras buscar sin éxito unas islas *Rica de Oro* y *Rica de Plata*, tras la muerte de su compañero de expedición Francisco Galli. Cuando la nao *San Buenaventura* llegó a México, el virrey Luis de Velasco tenía preparada una expedición para la búsqueda de esas *Islas Ricas*, precisamente, al mando de Sebastián Vizcaíno, un marino notable muy ligado a la demarcación de California. Y decidieron que aprovechara el viaje para llevar también la respuesta a la embajada Tokugawa. Se pensó en hacer el viaje en el *San Buenaventura*, y con este fin se les compró la nave a los japoneses, pero al final salieron en el galeón *San Francisco* desde Acapulco el 22 de marzo de 1611.

La embajada había sido muy bien recibida en México, con elementos simbólicos potentes, como el bautismo de Tanaka Shosuke, que tomó el nombre del virrey, Francisco de Velasco, y los veintidós japoneses volvieron con Vizcaíno a Japón. El relato del viaje tiene una espléndida relación del escribano del galeón, Alonso Gascón de Cardona, que llevaba entre sus lecturas para el viaje un ejemplar del *Quijote* de Cervantes, que de alguna manera, de su mano, también llegaba a Japón. Tras dar la embajada, Vizcaíno debería pedir permiso para demarcar y sondear los puertos, bahías y ensenadas de la costa oriental japonesa, así como construir y aviar un nuevo navío con el que -tras invernar en Japón- en la primavera o en el verano comenzar la navegación de descubrimiento de las Islas Ricas y el regreso a Nueva España.

La embajada fue dada al sogún Hidetada en Edo y a Ieyasu en Sendai, el sondeo de los puertos se llevó a cabo (y la búsqueda de las demarcaciones dibujadas por japoneses sería un investigación apasionante), pero la expedición en busca de las *Islas Ricas* fue un fracaso y Vizcaíno debió volver a Japón y allí, entre problemas financieros y desaciertos diplomáticos, se demoró hasta el otoño de 1613. La vuelta a México, con las cartas de los Tokugawa, la hizo Vizcaíno con la embajada Keicho, que enviaba el daimio Date Masamune, con Hasekura Tsunenga y el franciscano Luis Sotelo, en la nao *San Juan Bautista*, construida en Japón para ese viaje.

FINAL

El fondeo de puertos al norte de Tosa que realizó Vizcaíno, con ayuda de los japoneses, durante su estancia en Japón, culminaba y cerraba al mismo tiempo un proyecto colaborador en este sentido que no tuvo continuación. Pero para entonces Japón, con los Tokugawa, había superado su época de los enfrentamientos y había logrado la construcción del Estado que dijera John Darwin. Y los españoles de Filipinas, con la irrupción de los holandeses en la región, a quienes Vizcaíno presentó a Ieyasu y al sogún como súbditos rebeldes de su rey, comenzaban a sentir los síntomas de esa crisis general que se avecinaba. En el verano de 1610, el nuevo gobernador de Filipinas Juan de Silva se quejaba

de que los japoneses “iban ya desestimando” a los españoles “y haciendo mucha estima de los holandeses”²⁰. La razón principal, la crisis que ya comenzaba a aparecer de manera dramática en el sistema imperial hispano: “como vuestra majestad no envía armada, tiene muy perdido el crédito en estas partes”²¹.

En esa circunstancia extrema de enfrentamientos con matices nacionalistas, holandeses como súbditos rebeldes, españoles y portugueses como súbditos fieles pero a su vez concurrentes entre sí, la organización política, militar y comercial de la monarquía católica de los Austrias no funcionó. Y pasó a estar, y así se mantuvo, a la defensiva. La monarquía católica se colapsó antes en el Pacífico que en el Atlántico y que en Europa.

El testimonio del gobernador Silva es concluyente, y él mismo muere en la primavera de 1616, como antes su antecesor Gómez Pérez Dasmariñas, en una expedición a las Molucas, en otro intento infructuoso de incorporarlas a la órbita española frente a los portugueses y holandeses.

Recién muerto el gobernador Silva, el provincial jesuita en Filipinas, Valeriano de Ledesma, evoca el acoso holandés y la penuria económica en Manila: “siete navíos de China han venido hogaño donde solían venir cincuenta o sesenta”²².

Para entonces, ya el Japón se había cerrado a los ibéricos de hecho, y la última embajada enviada desde México que llegó a Uraga en el verano de 1615, pocos meses después de que los Tokugawa neutralizaran la última resistencia con la destrucción del castillo de Osaka, fue recibida fríamente por Ieyasu pocos meses antes de su muerte, y permanecieron en Edo los embajadores, el franciscano Diego de Santa Catalina y otros dos compañeros frailes, hasta que los obligaron a embarcarse de nuevo para México sin ser recibidos por el sogún Hidetada²³.

En el otoño de 1616 salieron de Japón y llegaron a México en el invierno de 1617. La nave *San Juan Bautista* debía recoger en México al embajador japonés de Date Masamune, Hasekura Tsunenaga, que estaba a punto de regresar de Europa, en una embajada que había dejado de tener sentido. El fin de las relaciones entre Austrias y Tokugawa era uno de los síntomas primeros del fracaso imperial de los Austrias españoles, de la crisis de la monarquía católica en fin. El desencuentro hispano-japonés o Habsburgo-Tokugawa, en definitiva, se había rubricado formalmente, de alguna manera.

Un texto de un consejero de Indias, Francisco de Huarte, al marqués de Salinas, a propósito de las controversias en torno a la venida del franciscano Sotelo a España con la embajada de Date Masamune, es un testimonio significativo al respecto, con su metáfora marinera y su amarga ironía:

“Las controversias entre frailes, sus celos y paliadas ambiciones, particularmente

²⁰ AGI, México, legajo 2488, carta de Juan de Silva al rey de 16 de julio de 1610.

²¹ AGI, Filipinas, legajo 20, ramo 2, nº 83, carta del Silva al rey de la misma fecha.

²² RAH, Ms. 9-2667, legajo 1, nº 24. Copia de carta de Valeriano de Ledesma al rey de 20 de agosto de 1616.

²³ AGI, México, legajo 28, ramo 5, Relación de lo que sucedió a tres religiosos descalzos de san Francisco con un presente y embajada que llevaron de parte del rey nuestro señor al rey de Japón y a su hijo, escrito por uno de los mismos religiosos, de 13 de marzo de 1617.

las que han arado las Indias,
Usía las conoce mejor, y cuán fácilmente por términos modestos se abrazan unos a otros, con lo que no me atreveré a calificar nada de los que han venido ni quedan en el Japón; pero a pocas brazas descubrirá la sonda de Usía cuanto convenga, que la mía es muy limitada”²⁴.

El fracaso de la embajada Keicho a Europa, y sobre todo el fracaso de la embajada de Alonso Muñoz, suponían el canto del cisne del sistema imperial hispano de los Habsburgos en Extremo Oriente.

Recojo, para terminar, una síntesis antigua:

“De las Filipinas, desde ese año de 1614, sólo llegaban avisos de la persecución a los cristianos japoneses y la ciudad de Manila llegó a quejarse de lo numerosa que era la colonia japonesa; de los hombres con los que el gobernador Juan de Silva contaba en Manila, mil quinientos eran hispanos y quinientos japoneses, proporción en verdad alta. Desde ese año llegaron a Manila frailes y cristianos japoneses y la primera reacción del gobernador había sido enviar una gran embajada al sogún, aunque desistió de ello. No hay noticias del navío anual a Japón desde ese año tampoco. La expedición holandesa al mando de Laurens Reael, de curso ese año por aguas de Filipinas, y los preparativos navales y defensivos en Manila pasaban a ser lo más principal para la gobernación.

“Sobre la persecución de la cristiandad japonesa se siguió escribiendo y polemizando mucho, tanto en los medios portugueses como castellanos; sin la dureza de años anteriores, pero aún con fuerza. Buen testimonio de aquella literatura polémica es una exposición sobre las causas de la persecución de fray Sebastián de San Pedro, de 1617, o la disputa surgida a raíz de una carta atribuida a Luis Sotelo, a la que Juan Cevicós hizo extensa réplica²⁵. La amplia literatura misionológica de la época también se hizo eco de esa polémica.

“La persecución contra los cristianos, que significaba también el fracaso de las relaciones entre Habsburgos y Tokugawas, había sido decretada justo en el periodo final de la instauración de esta dinastía sogunal; en Sekigahara muchos cristianos, como el daimio don Agustín, habían estado en el bando contrario a Ieyasu, y también había muchos cristianos en el bando de Hideyori, el hijo de Hideyoshi Toyotomi, vencido y muerto sólo un año antes de la desaparición del propio Ieyasu. Influyó también la privanza de Hayashay Razan, enemigo de la influencia de bonzos y cristianos, y el malestar que entre los bonzos causaba

²⁴ AGI, legajo 1, ramo 4, número 244, copia de carta de Huarte para el marqués de Salinas de 4 de noviembre de 1614.

²⁵ R.A.H. Manuscritos, legajo 9-2666, folios 184-189. Resunta breve de las causas por las cuales el emperador de Japón ha perseguido la cristiandad de sus reinos, derribando los templos y expelido a todos los religiosos que había en sus tierras, hecha por un religioso que era ministro y predicador en aquellos reinos, y supo y trató algunos años las cosas que aquí pone, protestando en fe de religioso ser todo verdad, año 1617. Ibid., folios 77-94. Discurso impreso de Juan Cevicós, de 1628.

la tolerancia religiosa de Ieyasu. Los hispanos del momento vieron una posible causa en las maniobras de Harunobu, daimio cristiano de Arima, para adueñarse de la fortaleza Isahaya de Hyzen o en la enemistad del bugyo de Nagasaki, Hasegawa Sahioe, uno de los responsables del incendio del galeón *Madre de Dios* en enero de 1610; también se habló de la influencia de William Adams en la corte Tokugawa, favorecedor de ingleses y holandeses, así como de los recelos causados por la embajada y demarcaciones de Sebastián Vizcaíno. El Japón de los Tokugawa se cerró casi por completo a los occidentales, y sólo los holandeses lograron un contacto comercial permanente y muy controlado. En 1624 Iemitsu prohibió la navegación a los japoneses cristianos; en 1633 prohibió salir al extranjero a los japoneses y en 1639, bajo pena de muerte, a los portugueses desembarcar en Japón.”

Era la culminación del desencuentro: los Tokugawa cerraban el Japón a los Austrias.

En la reciente síntesis de John Darwin antes citada, hay una explicación de interés²⁶ para este fenómeno aislacionista japonés (similar por otra parte al aislacionismo de la China de los Ming y al repliegue imperial hispano), al que tipifica como “aislamiento mercantilista”, y tras resaltar un hecho importante con ello relacionado: “Según algunas estimaciones, en 1600 Japón producía un tercio de la plata mundial”²⁷. El control del comercio exterior de los Tokugawa tendría el objetivo de evitar la salida de plata japonesa también, en el momento en el que la institución del *kankin kotai* (o estancia periódica obligada en Edo de los daimios y su familia y corte) creaba un gran dinamismo económico interno. “Los japoneses lograron aplicar una política de autosuficiencia mercantilista con un éxito notable después de que el comercio exterior se volviera menos provechoso”²⁸.

Nagasaki y la isla de Deshima como reducto de ese comercio exterior, con chinos y holandeses, sirvió para controlar ese flujo de plata hacia el exterior por los Tokugawa, cosa que los Austrias españoles no lograron en absoluto en Europa o en América. Pierre Chaunu calculó que un tercio de la plata mexicana tomó el camino de Asia a través del galeón de Manila principalmente, y la plata llegada a Sevilla salió casi de manera inmediata para Europa por el endeudamiento endémico o déficit crónico de la monarquía católica. Un resultado global, puramente mercantilista, de alguna manera paradójico. Y, tal vez, simplificador.

²⁶ pp. 155-160.

²⁷ Citado en p. 157, de M. Jansen, *China in the Tokugawa World* (Cambridge, Mass. 1992), p.16.

²⁸ Ib. p.158.